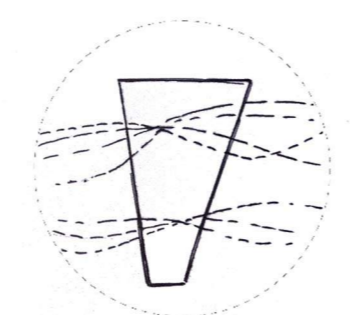
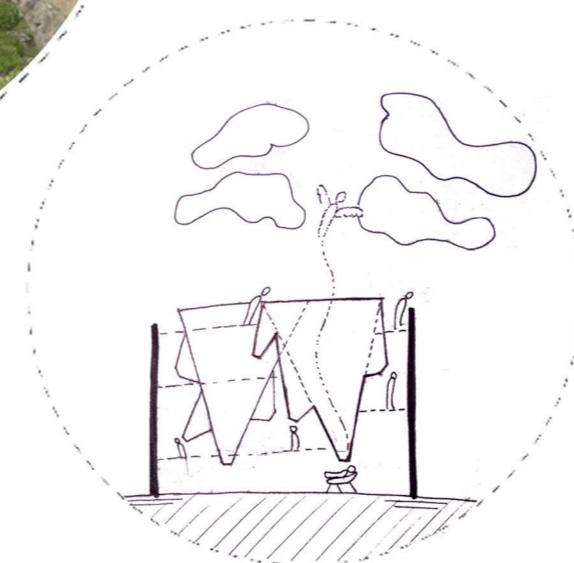
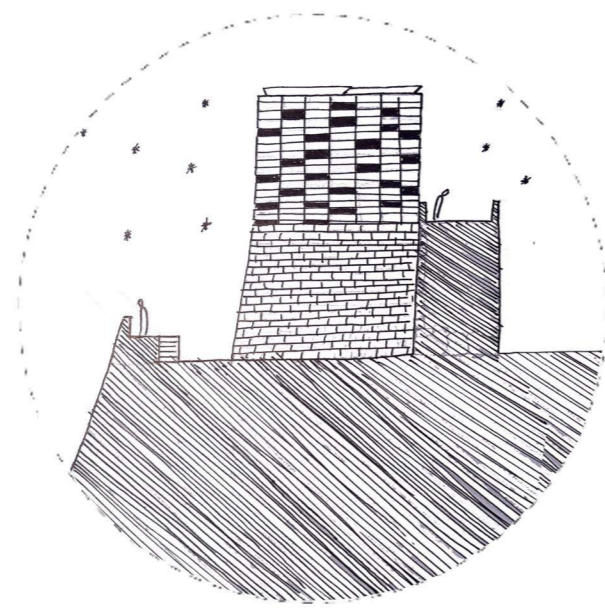
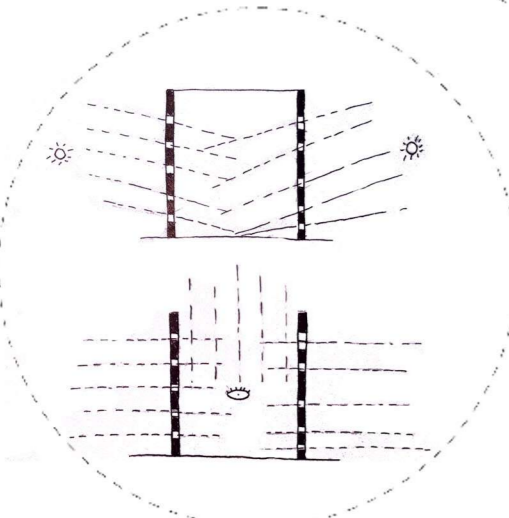
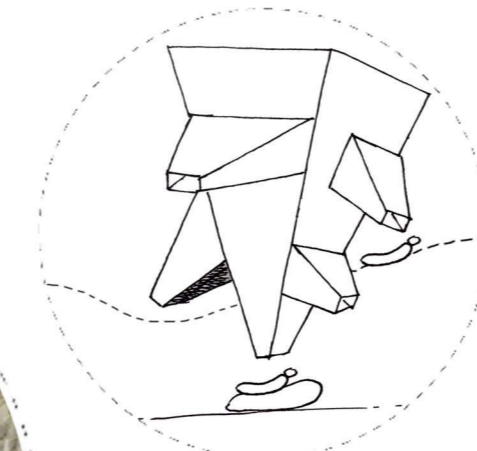
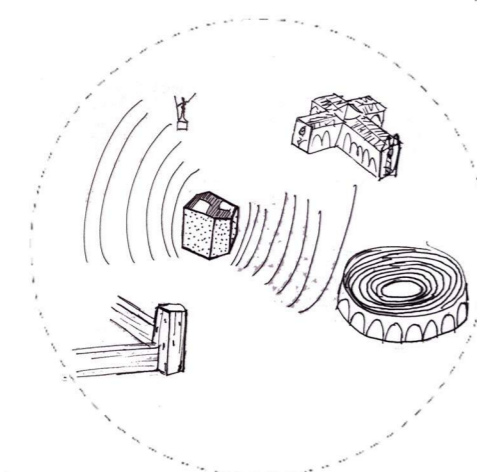
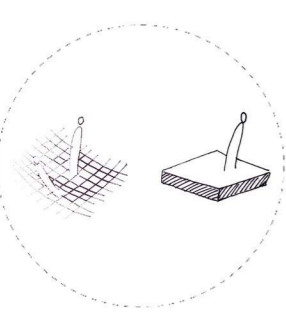
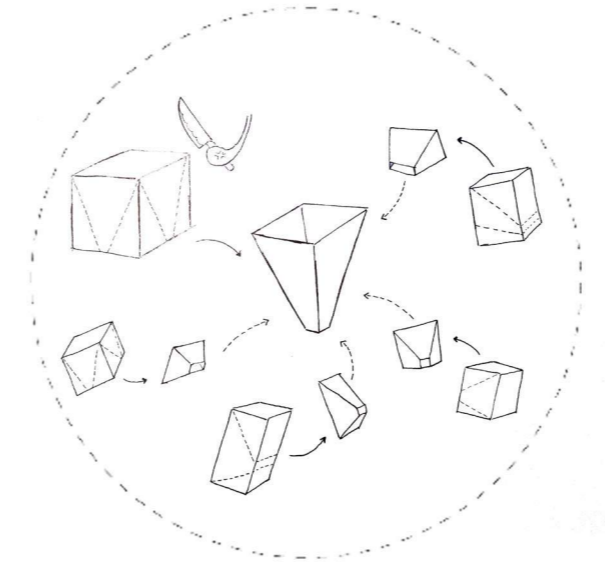
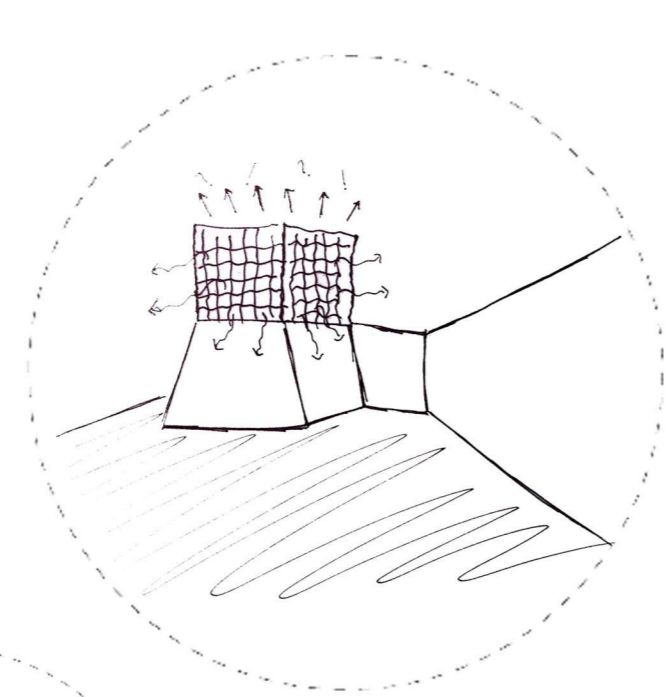
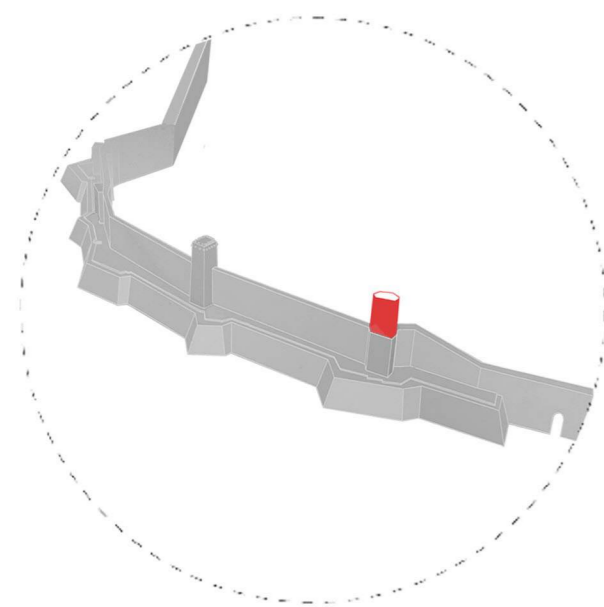


U N P U N T O E N E L I N F I N I T O .





Scipionum opus, ciudad antigua, ciudad romana, lugar de reposo del Emperador Augusto, centro de poder del imperio en el año 27 aC, y in omnis provincias exemplum, es hoy una apacible ciudad mediterránea que invita a contemplar el cielo.

En una de las cotas más elevadas de la muralla romana, a mediados del siglo XVI se construyó el baluarte que hoy llamamos de Santa Bárbara o fortín Negro, amortizando una torre que posiblemente pertenecía a la muralla romana del siglo II aC.

Este emblemático espació es el escogido para un proyecto, que no pretende ser solo una obra de piedra, sino un espacio que transporte al individuo al disfrute de la contemplación.

La fachada.

Las fachadas forman un hexágono no regular, siguiendo la geometría del antiguo baluarte. Se aplica una especie de carcasa sobre una geometría ya existente y preestablecida a la que se intentará darle una nueva interpretación.

Visualizando el baluarte nos damos cuenta que las piedras han ido cayendo y dejando huecos. Este efecto, que produce el deterioro por el paso del tiempo, sirve de inspiración para las fachadas del mirador. Unas fachadas realizadas como antaño en piedra caliza, pero con un pulido más moderno. No se ha querido romper con la materialidad antigua, sino al contrario familiarizarse con ella. En el paramento de piedra dejaremos unos espacios vacíos, como si de piedras caídas se trataran, que dejan pasar la luz. Las fachadas adquieren una forma agujereada que pretenden explicar una historia anterior, una degradación producida por la guerra y por el paso del tiempo. Este nuevo proyecto nos permitiría acceder al mirador propuesto para el baluarte y también al paso de ronda que se eleva por encima de la muralla, que actualmente no es transitable, proporcionando de esta manera un agradable recorrido en altura por la muralla.

Los embudos.

Los embudos son dos elementos majestuosos, interpretación o inspiración que nos elevan al más allá, a las estrellas, al cielo infinito.

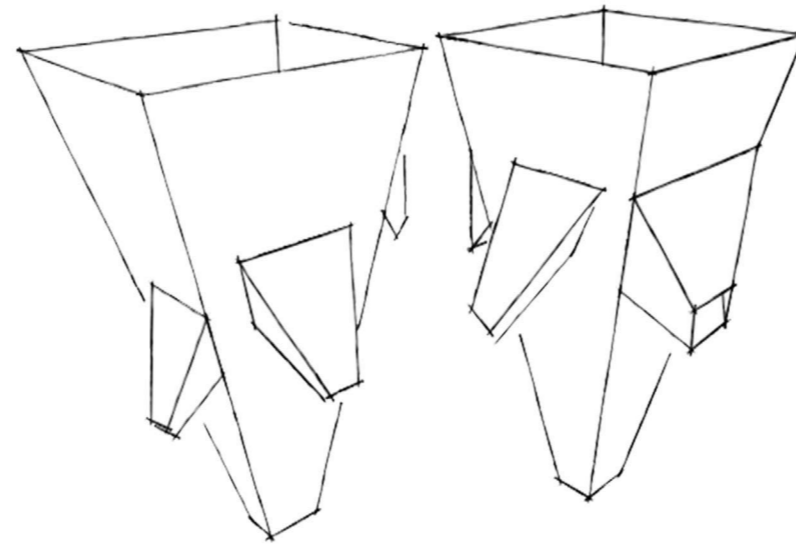
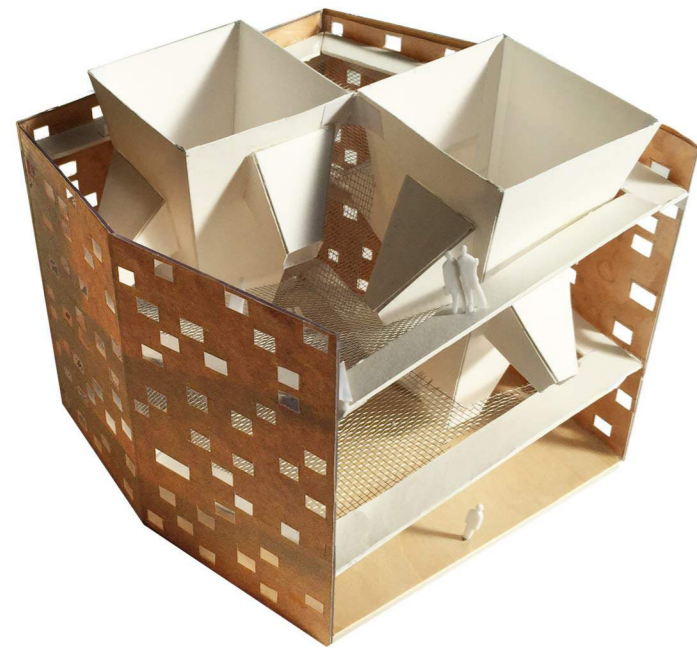
El ser humano a lo largo de su evolución, siempre ha aspirado a ir más allá, a tocar el cielo. La tecnología le ha ayudado, pero la tecnología más importante es nuestra propia mente. Este proyecto busca convertir nuestra mente en una especie de nave transportadora hacia esos mundos oníricos, no tangibles pero presentes, hacia esos puntos infinitos, en una elevación que no es física sino mental. No es una torre que pretenda desafiar la gravedad sino una torre que nos eleve fuera de la gravedad, una elevación mental.

Estos embudos pretenden elevar la mente del individuo, como si de un telescopio se tratara, que mira hacia el cielo infinito. Parten de menos a más, y una vez dentro de ellos solo vemos lo que nos dejan ver: el cielo, las nubes, las estrellas, la luna, en definitiva un punto en el infinito.

Estos elementos son una de las partes más importantes del proyecto, porque pretenden elevar la mente del visitante, son como telescopios gigantes con dimensiones abrumadoras, que se contraponen a la pequeñez del espectador, el cual va creciendo a medida que crece el embudo, su pupila se va dilatando cada vez más hasta llegar a una especie de Nirvana que flota en el cielo.

Los embudos se inician en la planta baja y se elevan un poco por encima de la fachada. A medida que se asciende por la rampa, el camino se interrumpe por la intromisión de otros embudos, mas pequeños insertados en los embudos grandes, que producen un efecto similar al que se producía en la planta baja, pero desde posiciones, niveles y ángulos diferentes. De manera que el visitante puede elegir aquel embudo o embudos por el que quiere contemplar.

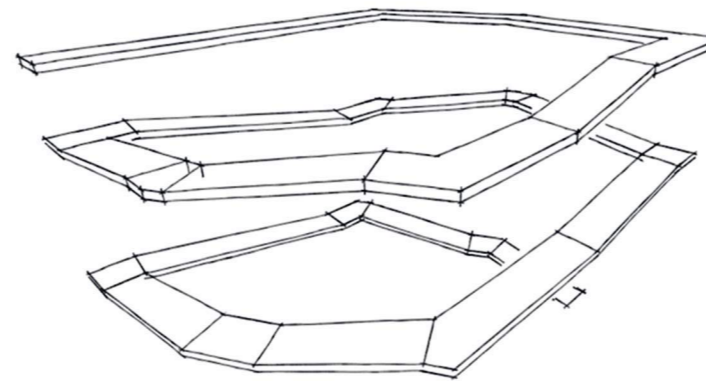
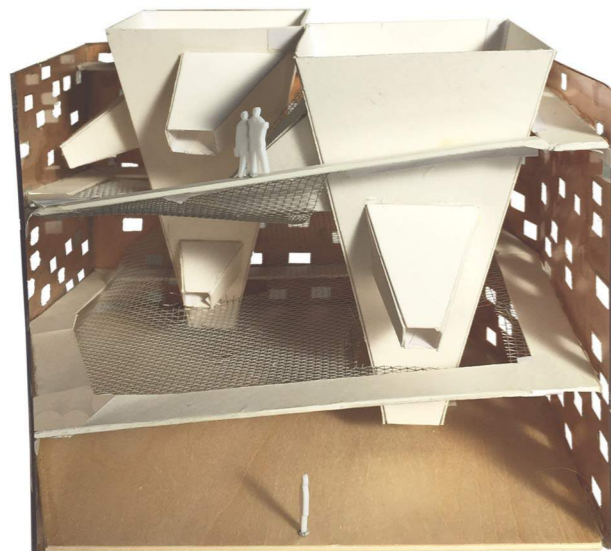
El material que se propone para estos embudos, es un metal fino y ligero de color blanco. La elección de este material se debe, a la pretensión de que estos elementos tengan una función similar a la que tiene una nave espacial, transportar al espacio. Los embudos serian el núcleo central, la nave en si, la rampa seria el perímetro y para sujetar la nave se ha pensado en una especie de forjado flotante.



La rampa

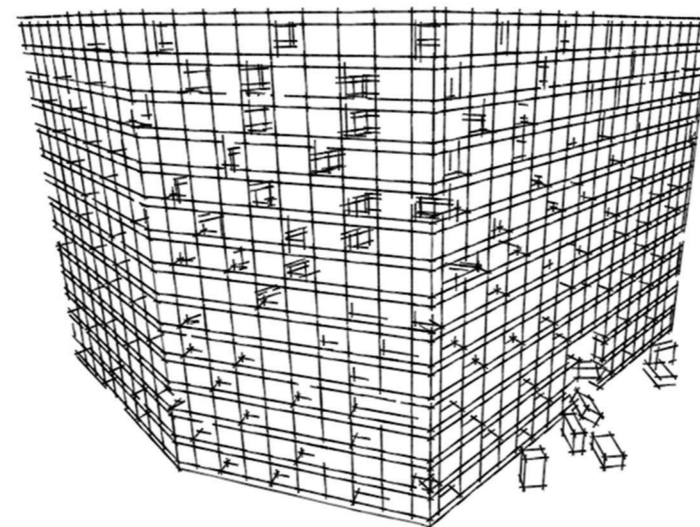
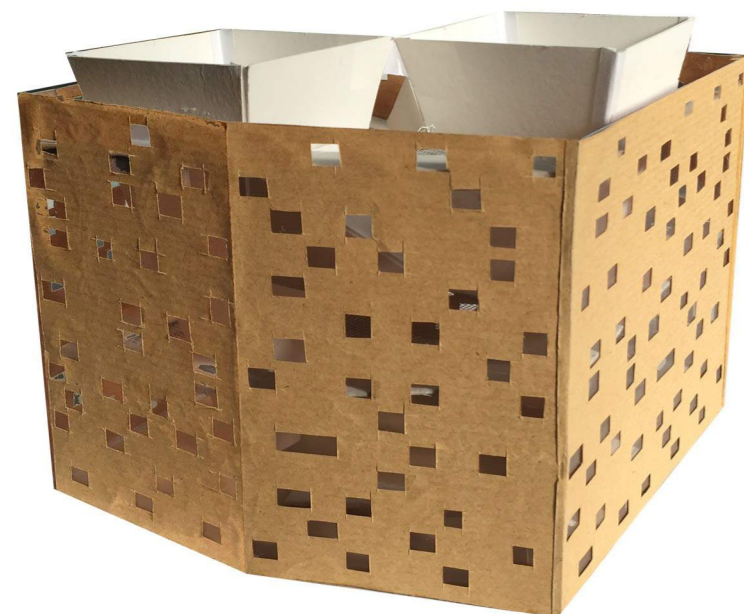
La elevación por el mirador se hará mediante una rampa en caracol, que siguen la geometría hexagonal que nos proporcionan las fachadas y la propia planta del baluarte. La rampa amplia, de dos metros de anchura, se va elevando poco a poco, para que el visitante se vaya dando cuenta de todo lo que va sucediendo en su entorno: el paso de nada a mucho, de elevarse hacia el cielo no en un solo paso, sino como si de una preparación de la mente hacia un viaje espiritual, se tratara. Por eso la rampa va subiendo suavemente, con diferentes puntos planos, situados cada 20 metros aproximadamente, que invitan al reposo. Se pretende producir en el visitante un efecto que sube, pero que se detiene, que no es simplemente un elemento de transporte, sino de elevación mágica y mental hasta llegar arriba de la torre, convertida ya en una rampa completamente plana, que permite observar desde los diferentes ángulos todas las vistas de la ciudad y de su cielo infinito.

A medida que se asciende la interacción con la fachada no desaparece, los boquetes que se han inspirado en el paso del tiempo, son huecos que el visitante puede escoger para mirar a través de ellos, para crear si se quiere su imagen y su recuerdo. La mente humana es habilidosa jugando a la memoria fotográfica, es este aspecto muchas veces olvidado, el que este proyecto pretende ofrecer al visitante. Estos recovecos que se relacionan tan intensamente con el visitante, también dan carácter a la fachada, a partir del propio material. Un material rudo, que nos transporta al pasado, pero situándonos en el presente. Un juego con la fachada.



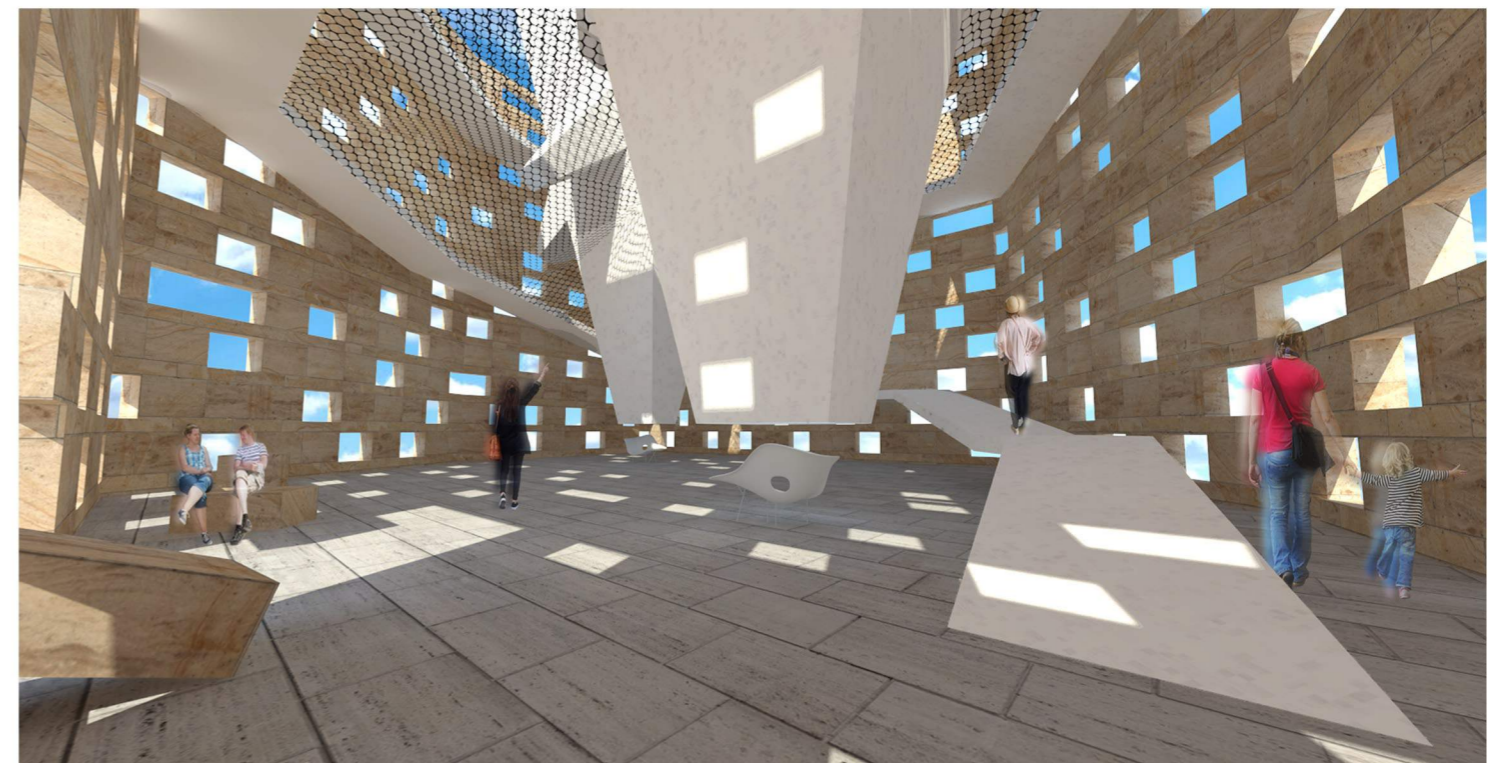
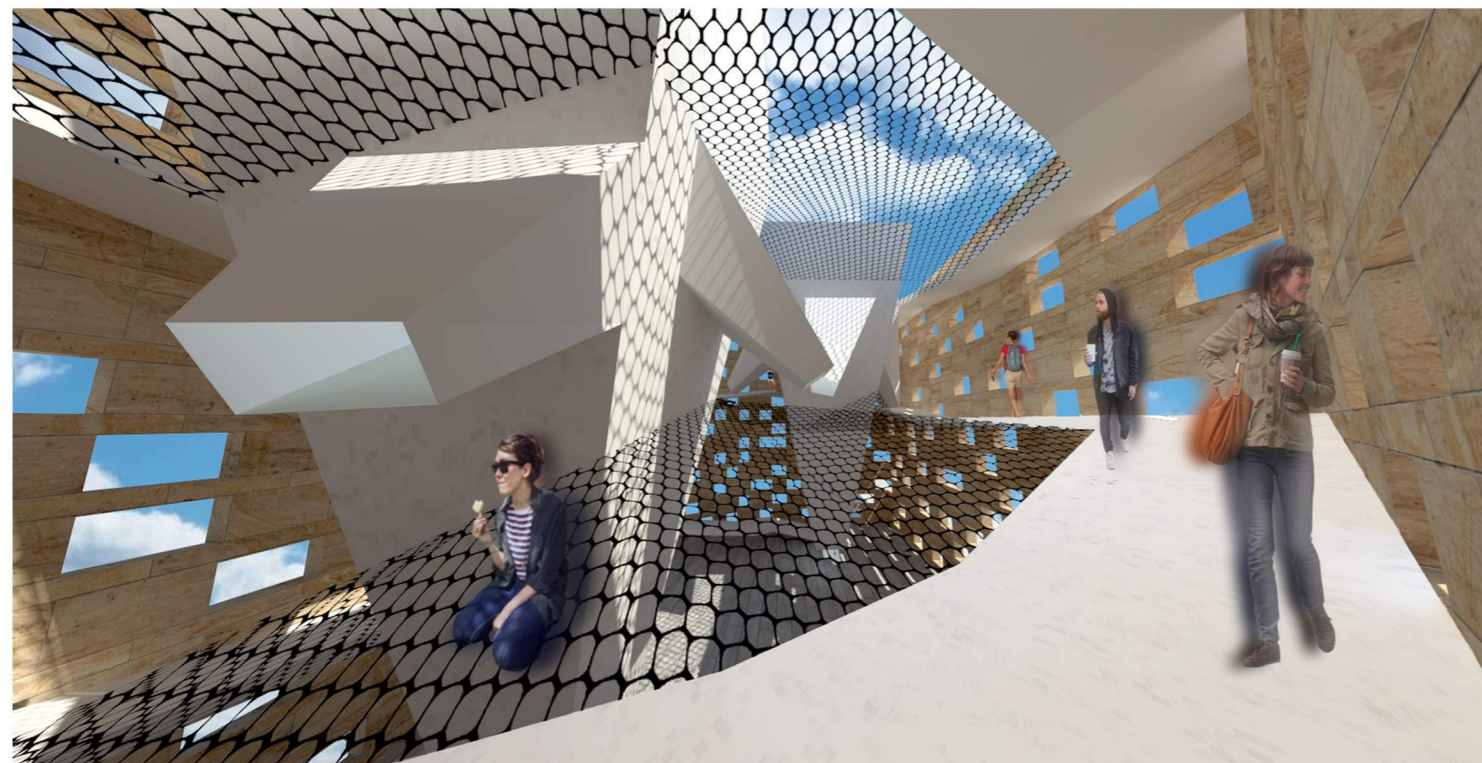
El mallazo o forjado flotante.

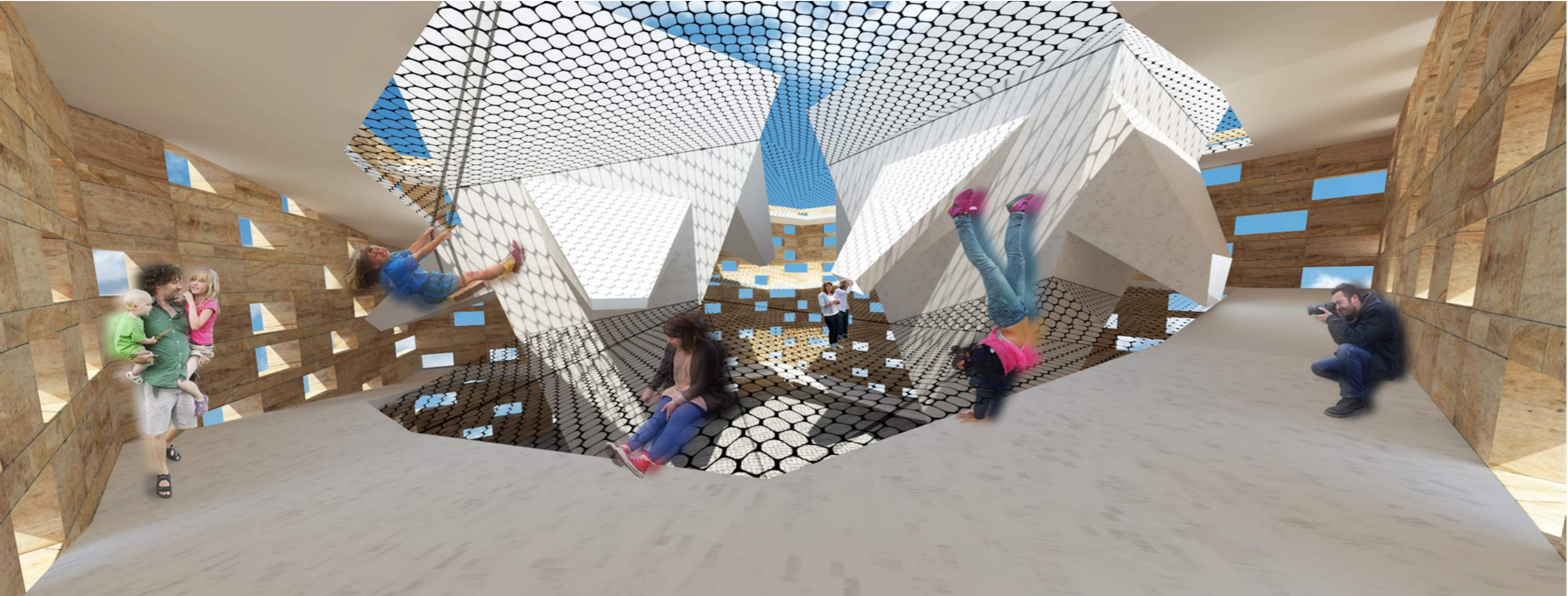
Se trata de un mallazo, a dos niveles, al que se le ha tratado como si fuera una enredadera flexible y ligera, que se va elevando suavemente dando una sensación de flotabilidad. Unos tensores sujetan los embudos que junto con el mallazo les dan estabilidad. De manera que estos mallazos actúan como si fueran un forjado que no parece, pero existe, porque es flotante. Este mallazo es transitable, permite cualquier movimiento, desde estar estirado, sentado, etc., dando una sensación de estar flotando en el aire. Se pueden pisar, pero parece no existir. Da acceso a los embudos más pequeños, pero parece que flotemos con ellos.



El color.

La fachada caliza continúa con el cromatismo de la edificación anterior. El blanco de los embudos no es casual, se ha escogido por el juego de claroscuros que proporciona, enfatizando la luz que deja pasar los huecos de la fachada y la transparencia del mallazo. El metalizado suave del mallazo inunda de brillo y potencia la luz interior.





En el arte todo es cuestión de intuición, especialmente en los comienzos. Lo artísticamente verdadero sólo se alcanza por la intuición, especialmente al iniciarse un camino. Aun cuando la construcción general se puede lograr mediante la teoría pura, el elemento que constituye la verdadera esencia de la creación nunca se crea ni se encuentra a través de la teoría; es la intuición quien da vida a la creación. El arte actúa sobre la sensibilidad y, por tanto, sólo puede actuar a través de la sensibilidad.

Kandinsky. De lo espiritual en el arte, 1912

